

## LATIDO

Jadeando se detuvo frente al café. Un escalofrío recorrió su espina dorsal y estaba segura que no era por el sudor. Percibía una extraña sensación de presencia.

Había un bullicio inusual en el interior del lugar, entró decidida.

No necesitaba un café, pero necesitaba desactivar la tensión que había ido sintiendo a lo largo de su carrera, y el lugar estaba en el sitio perfecto. También necesitaba un refugio.

Estaba "casi" segura que nadie la había visto entrar, sin embargo, lo había sentido durante todo el trayecto.

En el café reinaba la alegría, y aunque ella venía acelerada de su entrene, trató de respirar profundamente, impregnarse de esa alegría, y sentir que resbalaba su miedo.

Se le acercó el camarero, sonriente, con la gracia gaditana en los ojos.

- - Disculpe señorita, el evento es privado, cerraremos las puertas enseguida.
- - Muchas gracias, tomaré el agua rápido.

Acabó su consumición, disfrutó de la alegría del Café y con nostalgia conectó con su creadora interior.

*Lo que no soportaba era cómo había llegado a ese punto. Intentaba analizarlo, y no entendía. Todo lo que le había ocurrido iba en contra de su ser como mujer...*

*Todo cambió cuando quedó embarazada por segunda vez. Con su primer hijo nadie le explicó cómo duplicarse para llegar a todo, pero lo hizo, o lo intentó. Con ella, su hija, todo fue más complicado. Nora no paraba de llorar. Y médicos, más médicos, pruebas, más pruebas... Y su bienestar roto. Su paciencia a prueba. Los reproches callados que fueron amontonándose. El estrés, y el cúmulo de tensión que va calando en el entorno.*

*Le entraban escalofríos cuando pensaba en cómo podía acabar todo si explotaba.*

*Él no consentía un NO por respuesta, eso le dijo. Luego le llovieron los gritos. Y comenzó a asustarse. ¿Cómo te “deshaces” de alguien que quiere que le pertenezcas?. Tuvo que hacer equilibrios, para no perder su familia, su casa, su trabajo y su honor. Y ahora sólo trataba de poner orden y seguir adelante.*

*No podía contar todo aquello. No contarle es peligroso, y hacerlo lo es para tu vida social, para tu honor. Te envuelve una encrucijada de la que es difícil salir. Ni tú misma eres capaz de perdonarte por lo ingenua que has sido...*

Pagó su consumición y salió del café. Conectó su teléfono y le envió a su pareja su ubicación real. Lo hacía a veces cuando el miedo la vencía. Comenzó a correr, no sin antes visualizar el exterior del café y certificar que no había nadie.

*Lo rechazó en todas sus proposiciones, pero a cambio, tuvo que aguantar gritos, amenazas, impagos y acoso económico, y una tensión sexual idealizada que ella no entendía ni podía soportar sola. Sólo quería huir. Y empezó a correr. Quería poder parar los sentimientos de él hacia ella...*

Llegó a su barrio. Cuando corría, su cabeza imaginaba situaciones y proyectaba su vida en el camino. Y en esos momentos de tránsito con la vida real, su mente evadía el entorno.

No pudo conectar a tiempo. De rápido que fue todo.

Él debía conocer sus hábitos.

Dio un grito. Y él comenzó a reírse. Con esa risa que tan nerviosa le ponía.

Quiso zafarse. Tenía que marcharse lejos o le haría daño.

Primero le hablaba suave, como intentando convencerla con buenas palabras de algo que ella NO quería; después se ponía nervioso, porque ella se cerraba en banda con su decisión, se callaba y no conseguía nada.

Nunca supo cómo podía callar cuando por dentro explotaba, ¡cómo de paralizada estaba su mente que no podía articular palabra!. No entendió nunca ese mecanismo, que a él sacaba de quicio.

Y comenzó a gritarle una vez más. Era desprecio para tenerla, era humillación para que a través del miedo, pudiera ceder.

La empujó contra el cristal de la puerta de entrada. Ella quería entrar, sólo quería abrazar a su pareja y llorar, y olvidar, olvidar, olvidar...

Rompió la luna de la puerta y se clavó en el rostro y en el hombro pequeñas esquirlas que cuidadosamente extraerían después en urgencias. Él salió corriendo. Puede que arrepentido. Al menos asustado.

Todo había explotado. No podía consentir más agresiones. Podía gritarle, chantajearla, humillarla, acosarla... pero no podía tocarla.

Nunca entendió porqué al resto de señales no les prestó atención como señales de agresión previas...

En la comisaría interpuso una denuncia. Nunca más volvió a verlo, ni a hablar con él, sino a través de sus abogados.

Y emprendió varios caminos que le llevaron a donde está hoy. Un regreso a su

esencia, a su ser artista y educadora, a una lucha incansable por la vida, el día a día, sus hijos y su familia.

Sigue haciendo deporte de competición y se aferra a él como fondo de garantía de vida.

Cuando repiensa esos años, todavía siente escalofríos y le tiembla la voz. Hoy en día tendría claros los signos de alarma previos a la agresión, y así lo transmite a través de su obra y su trabajo en las aulas. Piensa en todo lo que nos falta por recorrer, como sociedad, y como mujeres.

Mientras, ella, embadurna su alma de vida para seguir adelante.

Nunca fuimos iguales, tardaremos mucho en serlo, y ¡sería tan maravilloso...!